

Pesadilla de último minuto

Aarón Álvarez

Ilustraciones

Nashielly Mercedes Malagón Rojas

© Aarón Álvarez
Nashielly Mercedes Malagón Rojas

Noviembre 2016

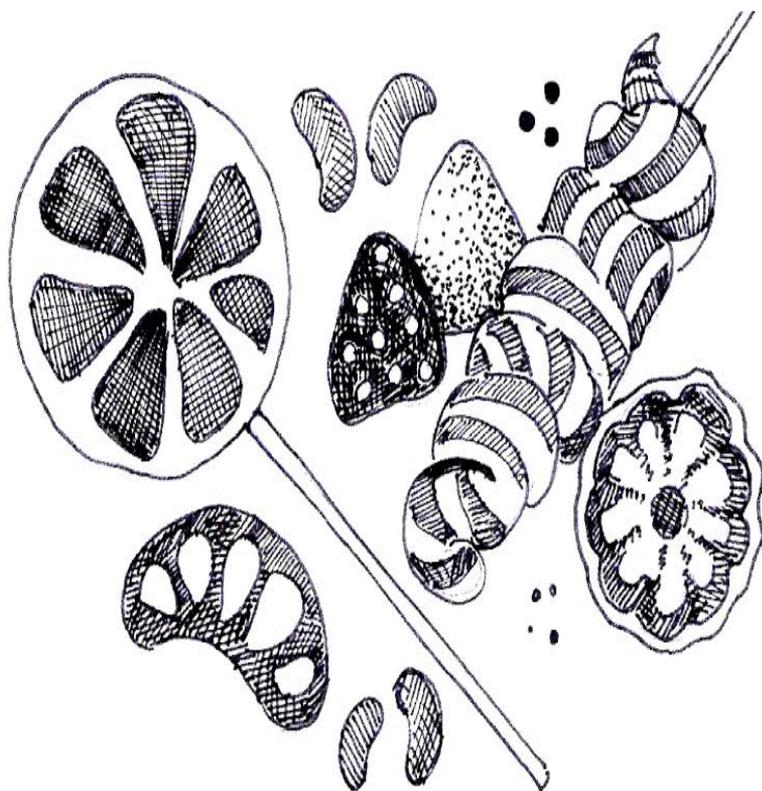
Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Álcazar.
Diagramación: Daniela Campero.

PRIMER TIEMPO

Jamás ha sido una niña que arrulle bebés de juguete, o vista muñecas de moda. Qué empalagoso. *Tampoco es fea.* Y le interesan los niños menos que a nosotras. Sobre todo ahora. *Aunque más de uno, en la escuela y en el deportivo, quisiera caminar con ella de la mano.* Eso sonó asquerosamente cursi, Pamela. *Tal vez, Lucía, pero sabes que es cierto.*

Cuando la ven dentro o fuera del campo se quedan con la boca abierta. Parecen zombis. *Podemos caminar las tres y es ella quien los hipnotiza.* A pesar de mis largas pestañas y la risa contagiosa de Pame, quien les atrofia por unos segundos la respiración es Dulce.

Hoy en día es menos tosca que hace un año. *¿Será su nuevo labial de brillitos? ¿Estás loca?* Es claro que fue por lo que sucedió hace unos meses. *Sólo bromeaba. Pero ni eso le ha quitado que por las tardes, o el fin de semana, siga transformándose cuando hay una pelota.*



A pesar de que no juego con ellas, y me aburro como una ostra viendo sus partidos, en ocasiones no la reconozco. No es para tanto, Pamela. Claro que sí, Lucía.

Lo cierto es que los problemas de Dulce comenzaron en otro lugar y en otro tiempo. Antes de ingresar a nuestra escuela, donde lo que más se practica, además de las molestas matemáticas, es lanzar bolas de papel, contar chistes, brincar la cuerda y por supuesto, correr tras un balón.



El primer problema al que se enfrentó nuestra amiga, aún en su viejo colegio, fue convencer a sus padres de que la gimnasia le revolvió el estómago. Tanto, que a veces vomitaba antes de empezar la clase.

El segundo, convencerlos de que le sucedía algo parecido con el hawaiano.

Su tercer problema, lo tuvo con el ballet.

Sus padres la cambiaron de escuela. Al entrar a la nuestra, su cuarta aflicción fue por el futbol. No es que le fastidiara, como el ballet,

el hawaiano o la gimnasia. El conflicto con sus papás sucedió justo por lo opuesto.

—¡Cómo mi Dulce va a jugar ese deporte de bárbaros!

—¡Es un juego para hombres, no para mi pequeña!

Y Dulce tiene dos cosas: la primera es que, difícilmente deja tirar con comodidad a un delantero rival. La segunda, que es casi imposible que acepte un “no se puede” por respuesta.

Como a sus padres les importó poco lo que la “pequeña” y “dulce” deseaba, a ella no le quedó otra que jugar fútbol, clandestinamente, durante los recreos. Con los niños. Regalaba chicles a todos para que la dejaran estar en uno de los equipos.

Un año después, en cuarto de primaria, la escuela completa sabía de la “Brava”. Así le apodaron. No es difícil imaginarse por qué.



MEDIO TIEMPO

Como suele suceder, sus papás se enteraron de lo que sucedía en los recreos y no les quedó de otra: la registraron en la liga de niñas, en el deportivo que está cerca de su casa. Y de la casa de Lucía. Y de mi casa. Fue ahí, en la cancha, donde empezó nuestra amistad. Lucía y yo somos amigas desde primer grado; por eso la acompañaba los sábados a sus soporíferos partidos. Desde que Dulce entró al equipo, las tres aprovechamos las ventajas de estudiar en la misma escuela y vivir en la misma colonia. Además, somos defensas. Ellas dos, claro; yo sólo me duermo en la grada. Eso ayudó a que fuéramos uña y carne dentro del campo.

La llegada de nuestra amiga al equipo la enfrentó a un nuevo problema.

Los cuatro lugares de la defensa estaban ocupados. Sólo quedaban puestos en la delantera o en la portería, y ninguna de esas posiciones

la entusiasmó. Lo único que buscaba en la cancha era detener el peligro. Le importaba un cacahuete si por el centro, o por las bandas. Quería defender.

Pasó casi un año, hasta que Erika, quien se encargó conmigo de frenar los ataques de los equipos contrincantes durante dos temporadas, se fue a vivir a otra ciudad con su familia. *Dulce no tuvo que rogar demasiado a su entrenador para que le diera una oportunidad.*

—Con tal de no tener un jugador menos en la ofensiva, es tuyo el puesto.



Disfrutábamos de “bajar” a las delanteras en cada jugada. Con la mínima ternura. Pero sin falta. Quien juega atrás no puede darse el lujo de ser “dulce” con el rival, Pamela.

Ganaron la liga y el torneo intermunicipal. Aunque no teníamos una delantera espectacular, abajo éramos cuatro fieras capaces de detener a Messi, Suárez y Neymar. Una barricada infranqueable. Una muralla más imponente que la china.

Cuando todo parecía estar de maravilla, las cosas volvieron a complicarse para nuestra amiga. Poco antes de entrar a sexto grado, mientras disfrutábamos todavía de las vacaciones, tuvimos un encuentro desafortunado un sábado en el deportivo.

Como si fuera un ritual, cada semana, al terminar nuestro juego, las tres descansábamos en una jardinera mientras nos tomábamos un raspado. Lo recuerdo perfectamente. Los sabores fueron limón, tamarindo y grosella.



Los padres de nuestra amiga, como cada ocho días, hablaban con otros papás después del juego. En eso llegó rodando un balón. Dulce lo tomó para entregarlo a su dueño. Justo cuando iba a despejarlo, llegó corriendo ese tonto. Por hacerse el chistoso, tratando de impedirlo, la empujó hacia las plantas. Me levanté, como si me hubieran picado la nalga con un alfiler, y lo encaré.

—¿Estás loco?!

—Si van a llorar...

Justo cuando Lucía enfrentaba a ese niño, ayudé a nuestra amiga a levantarse. Estaba tan roja que pensé que la cara le explotaría. Lucía no lo dejó terminar la frase.

—¡Lárgate!

Cuando estaba a punto de golpearlo en la cara, me aventé sobre ella y la detuve. Me sentí como si fuéramos parte de una obra de teatro. Él aprovechó y corrió lo más rápido que pudo.

“¡Tranquilas! ¡Ya pasó!”, les grité. “No lo creo”, dijo Dulce, con una disimulada sonrisa tenebrosa, mientras observaba su raspado de grosella desparramado en el suelo, con un fino chorro color sangre escurriendo hacia la coladera.

Fuimos a su casa. Aunque vimos dos películas, les mostré un nuevo baile que aprendí en mi clase de danza regional, y jugamos memoria, la última frase de nuestra amiga no me dejó tranquila esa tarde.

Unos días después nos contó una nueva idea, descabellada pero divertida, que le ocasionaría un nuevo problema en su vida:

¡Jugar fútbol en la liga de niños!

Ni a mí se me hubiera ocurrido algo parecido. Y eso que me gusta imaginar cosas absurdas.

Por supuesto los hombres que llevan el torneo varonil estuvieron en contra. Les pareció el berrinche de una nena consentida. Un capricho. Una tontería. Claro que hablamos con ella.

—Si es por lo del chico, no deberías darle importancia. Es un...

—Sí, olvídale.

Insistió. E insistimos en que estaba delirando. Sus papás, conociéndola mejor que ninguna otra persona sobre la Tierra, hablaron con la gente de la liga varonil. Y nada.

Aceptaron que nuestra amiga ingresara al torneo de chicos hasta que amenazó con sacar una pancarta de protesta en medio de la entrega de trofeos, con los delegados presentes y el fotógrafo de no sé qué periódico; ¿recuerdas, Lucía?

“Si te lastiman no seremos responsables” dijo el hombre con cara de gárgola bebiendo jugo de limón que dirige el torneo.

“¿Dónde firmo?”, respondió ella, poco más que eufórica.



Le preguntamos si estaba segura del disparate que había provocado en el deportivo. Nos respondió que nunca estuvo más convencida de algo en toda su vida.

Y así empezó la nueva aventura de Dulce. Una niña no tan dulce en la liga de los chicos.

SEGUNDO TIEMPO

Entrar al torneo varonil fue para Dulce su más grande problema por el futbol. *¿Pero qué dices?! ¡Fue casi-el-más-grande! Oh, tienes razón. Si no estuviera aquí, habrías olvidado lo más lindo, aunque también lo más horripilante de esta historia.*

Lo cierto fue que decidimos acompañarla cada sábado a sus partidos. *Es aburridísimo ver a las niñas tras una pelota. Pero es doblemente aburridísimo cuando quienes juegan son niños.*

A pesar de su cuerpo delgado y su estatura casi-insignificante, en la cancha Dulce es una mezcla de toro con leona. Eso la hace muy peligrosa.

A Pamela le sorprendió lo que hizo Dulce al llegar a su nuevo equipo: le ganó la defensa central a un niño más alto y mucho más fuerte que ella. En seis partidos. *A ti también, Lucía,*

no lo niegues. Bueno, sí, un poco. Es que fue sorprendente verla tan fiera en medio de tanto delantero tan bravucón.

Comparado con el gran problema, que enfrentaría poco después, ganarse el puesto en su nuevo equipo fue algo más que fácil para ella. Sí. El problemón fue otro. Más nefasto que los anteriores. *¡El más agobiante de su vida!* Puede ser. Porque cobrarse la “falta” del chico de la jardinera fue, también, bastante sencillo. *Y en un solo duelo. Fue asombroso. Increíble. Elegante. Perfecto.*

El verdadero-gran-conflicto de nuestra amiga comenzó cuando su equipo enfrentó al rival más fuerte del campeonato.

Jugaban una locura. Y una locura fue ese partido. El mejor juego de Dulce en el torneo varonil. *Sólo después de la escalofriante final.*

Ese primer encuentro, que complicaría todo para ella, quedó empatado a dos. *El inconveniente no fue el marcador, sino algo que, según nuestra amiga, era imposible que ocurriera.*

—¡Nunca de los nuncas! ¡Nunca jamás!

Dulce lo había prometido: *Para no afectar a sus compañeros en el campo.* Ni tener la menor distracción que pudiera costarle un gol a su portero, “nunca de los nuncas”...

...Se enamoraría...

...De algún jugador...

...De la liga...

...De los chicos.

Sin embargo, esa mañana, nublada y con una lluvia muy suave, nuestra amiga quedó estremecida por la mirada de uno de los contendientes, quien se encontraba en el otro extremo del campo: el portero. Revolcada. Como me dejan las olas del mar cuando me distraigo mirando las nubes.

—¿Lo vieron?

—¿A quién?

De ese chico se decía en el deportivo que era el mejor del torneo y que podía llegar tan lejos como lo imaginara. Eso me pareció una verdad y una tontería al mismo tiempo. Cualquiera, sin importar lo que le guste, puede llegar tan lejos como lo imagine.

Las semanas pasaron.

A pesar del “pequeño inconveniente” del portero, que la tenía como en otro planeta, nuestra amiga lograba concentrarse en la cancha. Cada fin de semana jugaba mejor. Mejor es poco, Pamela.

¿Te acuerdas cuando los delanteros del “Titán” hicieron un contragolpe? ¿Un contra qué? Cuando, después de un saque de banda, tres niños corrieron con el balón hacia la portería de Beto, y sólo quedaba Dulce en la defensa para detenerlos. Corrió de espaldas. Fintó que iba tras uno, luego tras otro; y de repente corrió como una fiera rabiosa sobre el que conducía el balón, arrebatándoselo sin falta. Y sin la menor

muestra ternura. Niño quien por cierto. *¡Claro! ¡Fue el día en que se cobró lo de la jardinera!*

Resulta que el chico a quien nuestra amiga le quitó el balón, sin ternura, pero sin falta, fue el mismo que la empujó a la jardinera, derramándole su raspado de grosella junto a una coladera.

¡Estuvo fantástica! El chico quedó en ridículo. Sus compañeros le reclamaron por perder el balón en un ataque tres contra “una”. Y las personas que veíamos el partido aplaudimos como focas a la niña que detuvo el ataque. Sobre todo nosotras, quienes sabíamos lo que sucedió unos meses atrás entre el delantero del Titán y nuestra amiga.

Fue brutalmente impecable. *Más que intrépida. Mejor que un defensa de la selección italiana. ¿Quiénes son ellos? Olvídalo.*

El empujón fue saldado de una forma sorprendente.

Pero aquella jugada estaba lejos de ser el desafío más arriesgado al que nuestra amiga tendría que enfrentarse.

La calamidad no fue que se enamorara de uno de los tantos jugadores de la liga y con esto rompiera su promesa. No.

La verdadera hecatombe fue que el jugador que la tenía embobada, era el guardameta del máximo rival de su equipo. *¿El guardaqué? El portero, Pam. Son palabras del fútbol. No estaría mal que las aprendieras. Pues explícamelas. Lo intentaré. ¿En qué me quedé? ¡Ah!, sí.*



TIEMPO DE COMPENSACIÓN

Para sacarse la espina del empujón y su raspado chorreando por el suelo, Dulce tuvo que hacer algo inesperado: jugar en la liga varonil.

Sin menospreciar su ímpetu en la cancha, nunca pensé que fuera a jugar tan bien entre los chicos. Parecía más rabiosa cada sábado. Hasta que sintió toques eléctricos en las tripas.

No dejaba de hablar de Christian, el portero, desde que se enfrentaron a su equipo: los Galácticos.

Nos suplicó que viéramos, con ella camuflajeada, los partidos de sus archirrivaes. Y aceptamos; sólo si eran después de su juego o del mío.

Lo que más le incomodaba a Dulce del equipo adversario no era el número de puntos que llevaban en la tabla, sino el uniforme que usaban. Y a mí también. *A mí me daba igual.*

No es difícil adivinar cuál era la playera de los “Galácticos”.

Tampoco la del “Tiki-Taka”, el equipo bicolor en que jugó “la Brava”.

Para mí era un misterio el por qué usaban esos nombres cada equipo. Hasta que Lucía me lo explicó.¹

Cuando estos dos mega-adversarios se enfrentan en el estadio, trastornan de pasión a sus aficionados. Incluso a quienes no son seguidores de ninguno. *A mí me da muchísima flojera, cuando Dulce y Lucía me hacen ver uno de estos partidos por la televisión.*

Dejemos de desviarnos.

Sí.

Lo cierto era que seguíamos los partidos de Christian hasta la náusea.

Por supuesto nuestra amiga no podía contárselo a los chicos con quienes jugaba. De enterarse que a su defensa, la única niña del equipo, le gustaba el portero del máximo contrincante, tal vez la hubieran corrido. Y para qué desahogarse con ellos teniéndonos a nosotras. Y a las

¹ Los “Galácticos”, fueron el equipo del Real Madrid llamado así por los grandes jugadores con quienes contó durante la primera década del siglo XXI. Entre ellos se encontraban Luis Figo, Zinedine Zidane, Ronaldo y David Beckham.

El término “Tiki-Taka” no se refiere a un apodo del equipo, sino a la forma de jugar del Fútbol Club Barcelona, entre 2008 y 2012, de la mano del Pep Guardiola, el entrenador que ha ganado más títulos para los blaugranas. Una forma de jugar fútbol caracterizada por la precisión y rapidez de toques cortos, así como por la constante movilidad de los jugadores en el campo. Estilo que resalta las virtudes individuales de cada jugador, así como la armonía ofensiva del juego colectivo.

demás niñas del equipo, quienes también son bastante rudas. Eres una exagerada, Pamela. Hay que jugar como es. Y punto. Nada más. Prefiero la danza. Pero te gusta el fútbol. Lo mismo que la lucha libre, y a pesar de eso las acompaño. El día que juegues comprenderás.

Las semanas avanzaron con nuestra amiga suspirando fuera de la cancha. Hasta que le tocaba entrar al campo. Ahí se olvidaba de estaturas y peligros.

Los chicos de los otros equipos la trataban como a cualquier jugador contrario. Y ella no se achicaba. Sí. Como si nada pudiera asustarla.

Hasta que llegaron las finales.

¡Oh!, sí. Las finales.

Gracias a la defensa casi perfecta que formaron, la media precisa en el toque, y la delantera efectiva en los ataques, el Tiki-Taka llegó a los cuartos de final.

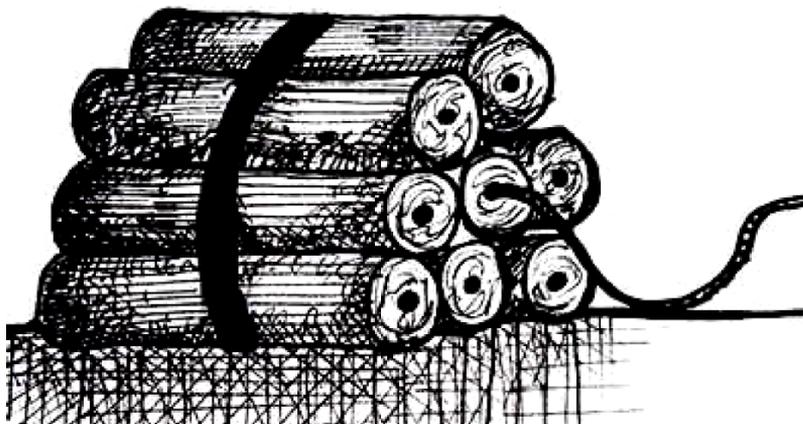
El talón de Aquiles era Beto. *Su guardameta.* A pesar de esto, fueron el segundo equipo menos goleado. Los Galácticos, quienes contaban, entre su once titular, con un arquero de otro planeta, el primero.

SILBATAZO FINAL

Cuando Dulce supo que los Galácticos estaban en la semifinal, más que nunca deseó que fueran derrotados.

Al enterarse de la victoria de los blancos, no le quedó más que anhelar que el equipo eliminado de la otra semifinal fuera el suyo.

No ocurrió así. Y aseguraron también su pase a la final. Contra su voluntad, ambas escuadras se enfrentarían en el último partido del campeonato. Era más que lógico que se sentía desesperada.



—¡¿Qué hago?!

—¡Tienes qué jugar!

Un día antes del gran partido llegó muy rara al salón.

Durmió asqueroso.

Eso es poco, Lucía. Tuvo una pesadilla terrible; de esas que despiertan al más dormilón, o hacen que cualquiera se orine en la cama.

Resulta que, antes de acostarse, se arrojó. Con su cara mirando al techo, pidió que en la final sucediera algo bueno para ellos dos. No supo decir exactamente qué. Ése fue su gran error. Y se durmió.

Al día siguiente, en la escuela, nos contó el dulce-sueño-pavoroso.

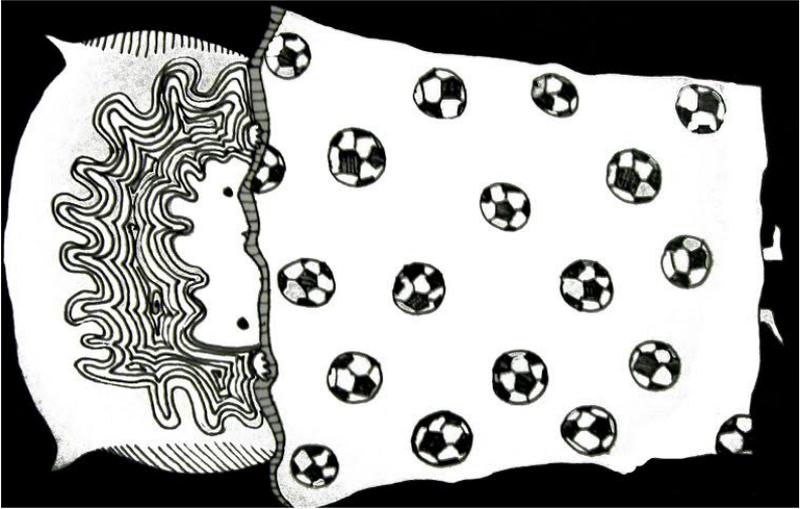
—Jugaba la final...

El partido estaba cerradísimo. *¿Qué quiere decir eso, Lucía?* Que estaba muy peleado por los dos equipos.

Aunque hicieron, durante el sueño, su mejor esfuerzo por evitarlo, los Galácticos les anotaron tres goles a los Tiki-Takas. *¡Pero el equipo de nuestra amiga logró empatar!*

Nos contó que la gente parecía enloquecida fuera de la cancha, incluidas nosotras.

Durante el partido sueño-pesadilla, vivió algo que debe ser horrible como jugador de cualquier deporte. Y más, si se trata de una final. Y mucho peor si a quien se enfrenta es, ni más ni menos, que a los mega-ultra-archi-rivales:



Cada segundo sufrió y gozó las jugadas de ambos equipos, los goles que metieron, pero también, los goles que el rival les anotó.

El marcador indicaba que se irían a penales.

Sólo que unos segundos antes del último silbatazo llegó un tiro de esquina inesperado a favor del Tiki-Taka.

Don Martín, su entrenador, le gritó a Dulce que “subiera” a rematar. Pensando que nada sucedería, obedeció.

Cobraron el tiro. Aunque el balón giraba velozmente hacia el área chica, Dulce lo vio acercarse hacia ella en cámara lenta.

Los jugadores brincaron; unos para buscar el cuarto gol y otros para ahuyentarlo, como si fuera un intruso amenazando robarles el campeonato.

Creyéndose muy inteligente, un jugador

de los Galácticos la jaló de la playera al momento de saltar.

El árbitro no dudó. Marcó falta.

—¡Penalti!

Ella se levantó y se alejó del área.

Don Martín le gritó a Luis, el capitán, que dejara a Dulce cobrar el tiro, para sorpresa de ella, los compañeros, los adversarios, la gente fuera del campo y hasta de nosotras.

Puso una cara de confusión. Como el técnico gritó de nuevo, el capitán estiró la mano para darle la bola a la única mujer del equipo, mientras su cara tomaba la forma de un pitbull.

La pobre estaba aterrada. Movi6 suavemente la cabeza diciendo que no. El técnico, diciendo que sí. No le quedó otra.

Colocó el balón sobre el círculo blanco. Aunque esto no era una cita formal, frente a ella se encontraba el chico que le arrebató su promesa, el aliento, y ahora la paz de su sueño: Christian, el niño más guapo del torneo, según nuestra amiga. El mejor portero, según los padres y entrenadores.

Solos, frente a frente. Con unos cuantos metros entre ambos, y una esfera de plástico, llena de aire. Esfera que, tras una patada poderosa o un manotazo salvador, definiría quién lograría escapar de aquel terrible instante, y quién continuaría dentro de éste, por lo menos unos minutos, después de perder la gran final.

Todos los demás, dentro y fuera del campo, parecían lejanos a ese momento ineludible, doblemente desgarrador para la tiradora.

Silbó el juez.

¿El juez?

¡El árbitro!

Ah, el árbitro.

Nuestra amiga sintió que se colapsaba.

El estómago lo tenía al revés y el corazón sacudía su cuerpo con los martillazos de su latido.

Estaba despavorida.

A punto de colapsar.

Si lo metía, ganarían la final. Sólo que el portero galáctico estaría desconsolado. Si lo fallaba, quienes estarían furiosos serían sus compañeros.

Y si se le ocurría la estupidez de sabotear el penalti para que su amado no sufriera, sería simplemente asqueroso. Habría fallado a su equipo dos veces.

No sabía qué hacer. Todo era confuso.

Chocante.

Irreal.

Claro. Era un sueño.

Mucho más que eso.

No entiendo.

Era.

¿Absurdo?

Algo peor. Muy distinto de lo que pidió de rodillas, mirando más allá del techo, antes de dormir.

El árbitro silbó otra vez. Sus compañeros le gritaron.

—¡¿Qué esperas?!

—¡Tira ya!

Corrió. Antes de pegarle al balón gritó con todas sus fuerzas!

—¡AAAAAAAAAH!

Y despertó de su pesadilla.

¡La más horrible de su vida!

Tal vez.

¡Estoy segura!

Intentamos tranquilizarla. Le dijimos que no había de qué preocuparse, que el partido sería diferente.

Pero no lo fue.

Es un misterio que no podemos comprender, pero lo que sucedió en la final fue casi como Dulce lo soñó.

Casi.

Las sensaciones fueron las mismas. *Y el tres a tres del marcador.*

También los gritos, las barridas, las faltas, las amarillas, las miradas y el cansancio de los equipos.

Sólo había un detalle diferente. Uno solo. ¿Recuerdas, Lucía?

Sí. Un detalle. Uno solo. Pero, ¿cuál?



SIN TIEMPOS EXTRAS

Las dos escuadras entraron a la cancha como fieras salvajes. *Especialmente los Galácticos.*

Corrían y peleaban cada balón como si de eso dependieran los regalos navideños de cada jugador blanco.

A los Tiki-Takas, lejos de intimidarlos, les provocó el efecto contrario. Tocaron la bola como si ésta les quemara si la retenían más de dos segundos. Cada toque con una enorme precisión. Y ella defendió cual mezcla de central argentino con alemán. *¿Cómo es eso, Lucía?* Aterrador para cualquier delantero, Pamela.

La ofensiva de los Galácticos estaba furiosa con Dulce. La razón era una: ella peleaba cada bola como un animal rabioso.

El jalón del penalti no fue tal, sino un manotazo en la cara. *En la nariz para ser exactas.* Sin intención. *Eso y sólo eso fue lo único distinto, entre la final que jugó dormida y la final que jugó despierta.*

Quedó en el suelo con los ojos llenos de lágrimas. La revisaron. No sangró. Hubiera tenido que salir del partido. Quise gritarle al chico que tuviera cuidado. Y a ella, que se levantara. Pero me contuve.

Su entrenador, como si él mismo supiera que era parte importantísima de este drama, gritó que lo tirara ella. Haciendo los mismos gestos de pitbull que en el sueño, el capitán le dio el balón.



Esos segundos nos parecieron meses desde la grada.

Como en una película a gran velocidad, por la mente de nuestra amiga pasó lo que “hubiera sucedido” si metía el gol. Y nos lo contó: Su equipo habría festejado la victoria. No los Galácticos, y menos aún el pobre de Christian.

También vio el caos que según ella sucedería si lo fallaba. Sus compañeros estarían muy afligidos. Ella también. *Pero al final valdría la pena: Christian y Dulce serían novios. Años más tarde se casarían y tendrían hijos, a quienes llevarían a jugar fútbol al deportivo. No logró ver si con el equipo de la playera “azul-grana”, o los de la camiseta blanca. Eso también la angustió mientras se acomodaba para tirar.*

Esto último, para mí esto fue un melodrama innecesario en la cabeza de Dulce. Si estropeaba el disparo, aún no sería el fin. Quedarían empatados a tres y habría penales. Tirarían los demás, y no dependería de ella el campeonato. *A pesar de esta cómoda situación, lo último que ella deseaba era defraudar a quienes confiaron en ella. Pero...*

¡Tampoco quería meterlo!

Y mucho menos fallarlo.

¡Qué difícil!

Dulce miró alrededor. En las gradas no había ni un palillo de dientes; algunas personas amenazaban con invadir la cancha.

Los seguidores de ambos equipos se alteraron tanto durante la final, que parecían una

jauría salvaje a punto de devorar a alguien. Empezando por el silbante. Eso provocó a nuestra amiga que sus piernas le temblaran y le costara trabajo respirar.

El árbitro silbó por segunda vez. Sus compañeros le gritaron.

—¡¿Qué esperas?!

—¡Tira ya!

Corrió hacia el balón. Antes de pegarle gritó dolorosamente, como una presa herida, sin posibilidad de escapar a su depredador.

Y lo falló.

A menos de un minuto para terminar el partido. *Fue un poco más, Lucía.* Está bien: después de sesenta segundos el hombre de negro dio por terminado el tiempo regular. Es decir, que había terminado el partido.

Habían empatado. Y sólo quedó un camino para resolver quién ganaría la final...



¡PEEENAAALTIIS!

A ningún equipo en el mundo le gustan los penaltis. Excepto a los Galácticos, quienes tienen a Christian.

El técnico eligió a los cinco tiradores. Ella no apareció en la lista.

Se cobraron los diez tiros. ¿Qué significa eso? Que se tiraron, Pamela. Gracias. Cada equipo cobró sus cinco, metiendo tres y fallando dos. Ahora el marcador era 6-6.

Entonces se fueron a muerte súbita. ¿Y eso qué es? Que cada equipo ya sólo podía cobrar un tiro, y el primero que fallara, si el otro anotaba, era el fin.

Para quienes nos gusta el futbol, no podía ser una final mejor. Y un mejor final, para quienes nos encantan las historias de suspenso.

El sexto penal lo fallaron ambos chicos. Y llegó el penalti siete para blancos y blaugranas.

El entrenador del Tiki-Taka eligió a nuestra amiga para tirarlo. ¡Qué chifladura!

—Que lo tire alguien más, por favor, don Martín.

—Quiero que te saques la espina.

—¿Y si lo fallo?

—¿Te gustan las pesadillas?

Mientras su entrenador la convencía, el jugador de los Galácticos mandó el balón a la estratósfera.

El destino puso, nuevamente en el manchón del penal, el campeonato a sus pies.

El silbante, también contagiado de la desesperación de jugadores y aficionados sopló su silbato como si fuera un tren.

—¡No lo pienses más!

—¡Ya!

—¡Sólo tira!

Había tomado mucho “vuelo”. *¿Vuelo?* Distancia antes tirar. *Ya.* Para desconcentrarla, Christian dio un fuerte grito que asustó a Dulce, justo en el instante en que pateó el balón. Artimaña muy eficaz. Tan antigua como el fútbol. *¡Sucia!* Legal. *¡Asquerosa!* Útil.

Lo importante fue que “la Brava”...

¡Lo metió!

Todos gritamos en la grada explosivamente. Tanto, que por un momento me sentí en el estadio del Tiki-Taka viendo el Derbi². Fue una locura. Una verdadera final.

En la tierra, con la cabeza sobre sus rodillas, Christian lloraba desconsolado. A Dulce la cargaron en hombros. También lloró. Y no creo que de... bueno. Quién sabe.

2 Derbi es como llaman al “clásico” de España entre el Real Madrid y el Barcelona.



Luego de la premiación nuestra amiga aprovechó para ir con el guardameta que, sin saberlo, la había casi enloquecido.

Fue decidida. Sin miedo. Sin rubor. A dar al abatido algo infinitamente superior a un pedazo de hojalata brillante de “primer lugar”. Un beso. Liviano y contundente. Que hiciera a un lado, de una vez por todas, el pequeño apoca-

lipsis enfrentado por ella durante esa temporada, y de paso, la tragedia del adversario, quien alcanzó a rozar la pelota, y por poco detiene el segundo penalti de la única mujer en la cancha durante la final.

Cuando Dulce estuvo punto de tocarle la espalda, una niña con playera blanca llegó con él y lo abrazó. Él lloraba. *Ella se detuvo. Sólo observó. Christian no dejaba de llorar y la niña no lo soltaba.*

Nuestra amiga se quedó más helada que un bloque de hielo de la Antártida y dijo algo muy bajito con el portero dándole la espalda. Aún no ha querido decirnos qué fue lo que le susurró a su adversario.

Pensó que no la escucharían. Pero Christian y su “amiguita” voltearon.

—¿Me hablaste?

—¿Quién, yo? ¡Ah!, sí. Te felicito, Christian. Hiciste un gran partido.

El portero, un poco sorprendido, le preguntó a Dulce cómo es que sabía su nombre.

A punto de ser descubierto su más grande secreto por el amado-enemigo, y con la lengua enredándole las palabras, nuestra amiga logró estirar la mano al portero en señal de despedida y se marchó lo más rápido que sus futbolísticas piernas le permitieron. Huyó hacia sus compañeros, a hacer lo único que podía tras el sufrido partido: celebrar la victoria de su último campeonato infantil.



TORNEO NUEVO

Dulce regresó a jugar con sus viejas amigas después de la aventura por la liga varonil. *No es necesario decir lo que sentimos. Incluso quienes nos aburrimos desde la tribuna.*

No éramos el Tiki-Taka del barrio, pero... *¡Sí las Felinas de la unidad habitacional! Y ahora en la categoría juvenil. Mejor, nada.*

“¡Bienvenida, otra vez!”

Eso decía la cartulina con una foto de Lucía y Dulce, vestidas con su uniforme azul y oro, avanzando hacia la media cancha. La colocamos en la sala de su casa, durante la fiesta sorpresa que hicimos para festejar su regreso.

Quizá lo único que faltó esa tarde fue un galáctico entre los invitados ¿no crees, Lucía?

Debes estar operada del cerebro, Pamela.

¡Claro que sí!

Imposible.

¡Estoy segura!



Con lo que sucedió en la final, lo último que Dulce hubiera deseado es tener a Christian en medio de sus amigas.

El niño más guapo del futbol, según ella.

Una exageración.

Totalmente. Casi.

Sí, el mejor cancerbero del torneo.

Quien se convirtió durante esa temporada en la ilusión imperfecta de nuestra amiga. Y en la final, en su peor pesadilla. Una pesadilla durante todo el torneo. Especialmente...

¡En el último minuto!

¿Cuál de todos? ¡Ya qué importa!

Lucía subió el volumen del estéreo a una canción que nos hechiza. Empezó a cantar con su voz un poco desafinada. ¡Pero funcionó! En la fiesta nos olvidamos de todo el delirio de “la Brava” y el espantoso final que vivimos con ella. Horrible. Asqueroso. Casi fatal.

Afortunadamente, todo eso ya era parte del pasado. Y nosotras seguíamos juntas. Bailando y cantando sobre los sillones. Rockeando las felinas, rugientes como el mar.

Después de todo lo sucedido, estuvimos de acuerdo las tres en que no había ninguna prisa, y aunque estábamos por entrar a la secundaria, el tema de los chicos podía convertirse en un nuevo naufragio si cualquiera de las tres se precipitaba.

Por lo tanto, decidimos que las barridas, las faltas, las piruetas, las coreografías, las películas y los juegos de mesa seguirían siendo nuestros mayores pasatiempos. Por lo menos hasta que alguna de nosotras sintiera, de forma inevitable, retortijones y descargas eléctricas en las tripas. O, dicho de otra manera: una alegre y ligera tristeza al caminar.



ÍNDICE

Primer tiempo.....	3
Medio tiempo.....	9
Segundo tiempo.....	15
Tiempo de compensación.....	21
Silbatazo final.....	25
Sin tiempos extras.....	31
¡Peeenaaaltiis!.....	35
Torneo nuevo.....	41

Aarón Álvarez

Nació en la Ciudad de México en 1980. Cursó la carrera de Psicología en la UNAM y la especialidad en psicoterapia. Estudió Creación literaria en la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Actualmente se dedica a atender pacientes, colaborar con la *Brigada Para Leer en Libertad*, escribir literatura infantil y juvenil, y de vez cuando, conducir un balón intangible frente a una portería imaginaria.

Nashielly Mercedes Malagón Rojas

Estudió Artes visuales en la Facultad de Artes y Diseño (FAD), de la UNAM. Es pintora, aficionada de los Pumas, y amante del fútbol.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de noviembre del año 2016.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.